

NO VENGAS AL SUR, AURORA

En marzo de 1999 un contador de cuentos de misterios comerciales fabricó una pieza del género bajo el título OVNIS en Canarias en el siglo XVIII, que es empezar mal adrede. Se refirió a un relato del cronista Lope Antonio de la Guerra y Peña incluido en Memorias. Tenerife en la segunda mitad del siglo XVIII, y que dice así: "El 18 de Enero poco más después de una hora de puesto el Sol se divulgó en esta Ciudad el rumor de que quizá en los Montes de Taganana se había prendido fuego atendiendo a que aquella parte del cielo parecía extremadamente inflamada, roja, bañada de resplandor más vivo; pero, habiéndose observado con alguna más atención, se conoció que era una Aurora Boreal. La noche, aunque fría, estaba serena, las nubes corrían bastante dispersas, la inflamación color sanguíneo se extendía por toda la parte del Norte desde el Oriente hasta algunos grados más allá del occidente con una luz a la verdad muy encendida, pero nada tumultuosa, agitada, ni vacilante. Esta iluminación habiendo comenzado a extin-

guirse por puntos estaba ya a las 12 casi enteramente remisa. No dejó no obstante de causar un extraordinario temor en algunas Poblaciones de la isla en unas por considerar haberse prendido algún fuego en sus inmediaciones, para cuya extinción salieron exploradores, i en otras por considerar era fuego del Cielo fulminado por nuestras culpas...".

Nuestro cuentista coloca el párrafo bajo el título *Fuego en el cielo*, y a pesar de que el propio De la Guerra y Peña aporta la solución al aparente misterio, una aurora boreal sureña, "aquel descarta que lo fuera porque "es un fenómeno difícilmente registrable en nuestro archipiélago". No estaba bien informado el articulista de lo anómalo, puesto que tal fenómeno no es habitual pero sí posible; de hecho, se tiene constancia de que

ha sido observado en varias ocasiones desde Canarias. Y una de ellas es, precisamente, el 18 de enero de 1770.

M. Vázquez, J. M. Vaquero y J. J. Curto publicaron en el número 238 de la revista especializada *Solar Physics* (2006) un artículo (*On the Connection between Solar Activity and Low-Latitude Aurorae in the Period 1715-1860*, accesible en <http://www.iac.es/preprints/files/P06057.pdf>) en el que comentan que, además de los testimonios de Tenerife, existe una anotación en los archivos de la catedral de Badajoz que muestra que aquella noche fue observada una aurora desde esta ciudad. Varias personas vieron que la parte norte del cielo aparecía rojiza, una coloración típica de las auroras visibles en latitudes sureñas. Empezó al anochecer y desapareció en torno a

las 02.00 horas del día siguiente. También fue observada desde Córdoba. Vázquez, Vaquero y Curto reproducen parte de la crónica que Viera y Clavijo dio a la imprenta en 1770, *Carta filosófica sobre la aurora boreal*, observada en la ciudad de La Laguna de Tenerife la noche del 18 de Enero de 1770, que es prácticamente idéntica a la De Guerra y Peña.

La aurora del 18 de enero de 1770 fue consecuencia, posiblemente, de una eyección de masa coronal solar (CME) importante y de la consecuente perturbación de la magnetosfera terrestre, como es habitual en los casos de auroras sureñas. En días previos se produjo también un aumento de la actividad solar, como señala Vázquez y sus colegas de artículo. Cuando aumenta el número de manchas solares suele aumentar la incidencia de otros fenómenos magnéticos, como las citadas Coronal Mass Ejections, las fulguraciones (flares), las protuberancias, los eventos de protones, etc., aunque la relación no es estrictamente causal o exacta. Es decir, no necesariamente un grupo de

manchas observado en la fotosfera lleva asociado, en capas más altas de la atmósfera solar, otras manifestaciones de la actividad solar como protuberancias, fulguraciones o CMEs, no existe una correspondencia uno a uno. En consecuencia, no hay una correlación exacta entre el número de manchas solares y las auroras, como puede verse en este enlace: <http://astro.uni-tuebingen.de/groups/time/>.

Es probable que todo esto le entre por un oído a los cultivadores de las rarezas inventadas y le salga por el otro, como suele ser habitual, así que alguno seguirá pensando que el fenómeno fue "un ovni en el siglo XVIII" (atención al disparate), o algo extraño por decreto propio, que soy un ave decorativa y abro mi cola ante la feligresía del santo misterio. Es sabido que llevan escrito a fuego en la frente que la realidad no puede estropearles una noticia, es decir, un artificio típico de sedicentes investigadores atrapados en el pensamiento mágico.

Ricardo Campo